

MADRID ARTISTICO.



EL REAL PALACIO.

En la parte mas occidental de esta villa, sobre una eminencia que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el mismo sitio que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba el antiguo y famoso Alcázar de Madrid, que fue consumido por un horroroso incendio en la Noche-buena del año de 1734. Felipe V, que reinaba entonces, determinó construir uno nuevo que escediese á aquel en magnificencia, y para ello llamó á su servicio al abate Don Felipe Juvara, natural de Mesina, el mas célebre arquitecto de aquella época: ocupóse este en la traza del Real Palacio, y la ejecutó segun el modelo que se conserva en el museo topográfico del Retiro; pero como la estension que debía tener segun aquel modelo era tan inmensa, eligió Juvara el sitio de los altos de San Bernardino; mas el rey formó empeño de que fuese edificado sobre el terreno que fue el antiguo Alcázar, y se sacrificaron á esta idea los grandes planes de Juvara, y la inmensa ventaja de haberse extendido por aquella parte la poblacion de Madrid, como hubiera sucedido con notables mejoras de salubridad, conveniencia y hermosura. Prevaleció pues el deseo del rey, y D. Juan Bautista Sachetti, natural de Turin, fue el designado por el mismo Juvara antes de morir como el mas «pto para esta empresa. Vióse este precisado á trazar otro palacio sobre el sitio del antiguo, aprovechando el declive y desigualdad del

terreno con profundos cimientos para las oficinas y real servidumbre, de modo que lo que no pudo ser en estension y anchura lo fue en profundidad y elevacion. Satisfecho el rey con este arbitrio se aprobó la traza y comenzó la obra que hoy existe, poniéndose la primera piedra en 7 de abril de 1737.

Es un cuadrado de 470 pies de línea horizontal, y 100 de altura con salientes en sus ángulos en forma de pabellones, y dos alas aun no concluidas en la fachada principal, que se empezaron en el reinado de Carlos III. Desde el plan terreno hasta la imposta del piso principal se levanta un cuerpo sencillo almohadillado, que forma el zócalo ó basa del cuerpo superior, hecho de buen granito cárdeno ó piedra berroqueña, y las jambas y cornisas de las ventanas de piedra blanca de Colmenar. Sobre dicho zócalo se eleva el referido cuerpo superior que inclina al orden jónico en muchas de sus partes, y está adornado de medias columnas y pilastras que sostienen la cornisa superior. Las columnas son doce en los resaltes de los ángulos, y cuatro en el medio de cada una de las fachadas, á escepcion de la norte que son ocho: en los intervalos hay pilastras cuyos capiteles se diferencian de los de las columnas, pues los de estas son jónicos y los de las pilastras dóricos. Todo el edificio está coronado de una balaustrada de piedra que encubre el techo de plomo, sobre la cual estaba colocada en otro tiempo

El 21 de mayo de 1808, cuando Napoleón entró en Madrid, el Ayuntamiento se reunió en el salón de Guardias, y en la noche se celebró una gran fiesta en el teatro de la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por mas que torne abríi, no torna á verdear ni á florecer» no extrañaremos que el cazador de San Mauro

una serie de estatuas de los reyes de España desde Ataulfo hasta Fernando el VI, y en los resaltes de los ángulos habia otras que representaban varios reyes de Navarra, Portugal, Aragon, Méjico, el Perú, y otros soberanos y caciques indios, pero unas y otras se quitaron hace tiempo y existen en las inmensas bóvedas del palacio. Todo el edificio tiene seis puertas principales, cinco en la fachada del sur, que es la principal, y una llamada del Príncipe en la fachada de oriente. Las otras dos fachadas no tienen puertas. El patio es cuadrado con 140 pies de área, poco mas ó menos, y rodeado de un pórtico abierto de nueve arcos en cada lado. El segundo piso es una galería cerrada de cristales que dá entrada á las habitaciones reales y capilla. Entre los arcos del patio hay cuatro estatuas que representan los emperadores romanos naturales de España, Trajano, Adriano, Honorio y Teodosio, obras de D. Felipe de Castro y D. Domingo Olivieri, cuyas estatuas estuvieron antes donde ahora las columnas debajo del balcon principal. La escalera grande es muy suave, y consiste en un solo tiro hasta la meseta ó descanso que hay á la media altura, volviendo despues otros dos paralelos hasta la puerta de entrada por el salon de Guardias; toda la escalera es de mármol manchado de negro: enfrente de ella hay una estatua de mármol de Carlos III, y en los intermedios de las balaustradas dos leones tambien de mármol blanco. Por último, toda la fábrica de este edificio es de una solidez extraordinaria por el espesor de sus paredes, por la profundidad de sus cimientos, por la solidez de sus bóvedas, y por el número de sus columnas. Todo es de piedra, y en él no se empleó mas madera que la necesaria para puertas y ventanas, cuya mayor parte es de caoba; y el aspecto exterior de

este hermoso palacio ofrece una vista imponente y majestuosa. Así le hubo de parecer á Napoleon cuando al subir la escalera de esta real casa en los primeros dias de diciembre de 1808 dijo poniendo la mano sobre uno de los leones de la balaustrada: «*Je la tiens en fin, cette Espagne si désirée.*» Y luego volviéndose á su hermano, el intruso rey de España, le felicitó en estos términos: «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.



Si el corazón de Salvador no saliese tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se hubiera estremecido de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por mas que torne abríi, no torna á verdear ni á florecer» no extrañaremos que el cazador de San Mauro

caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Vierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brio de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbra su alma por ventura, y además su natural denuedo y noble sangre le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y á fuer de capitanes experimentados aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazón, y D. Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y esa desaparecida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos gefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábase el pecho de extraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus mas ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas escusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio á aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercero día á un valle por todas partes, cercano de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brio. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldado también de gran fama) se adelantaran con trescientos soldados pláticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Escusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos mas atrevidos de tan atrevida empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que estieden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador, llegaron por diversos lados á raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los

enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallaran de hincijos todavía, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:—«¿Os ofreceis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os poneis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro!»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo; sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla y subió con valerosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparcieronse los tres por los adarves matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera «¿quién vá? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—Al arma! al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador que por su parte solo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hácia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:—«El rastrillo! bajad el rastrillo!»—Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacia Salvador para ganar la puerta, redoblaron así mismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de dentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desvaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto mas y mas sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el gefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplen superior, les gritaba.—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro!—cuando dando una ganvaz y diciendo—«Mahoma, valme!»—cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplen abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salían por la puerta de la escalera dos guerreros que traían mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversion, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par, y dió larga entrada á los de afuera que de rondón se precipitaron; rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del

castillo. Al día siguiente después de una porfiada y recia batería, entraron asimismo en el pueblo los cristianos acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demas.

Puso esta pérdida en gran consternación á la morisma, como que vian á los enemigos en el corazon de sus tierras; y sobre ella se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacen juntó aceleradamente un ejército de tres mil de á caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó á sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobrole gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el mas poderoso entre los señores de esta tierra á Don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: así fue que sacando el estandarte de Sevilla y juntándose con D. Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava; D. Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salian al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuese con los brazos abiertos para D. Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses pusieron término á las desavenencias que traian divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.



Por lo que toca á Martin Galindo, que ya lo era de Santiago, hicieronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfange cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfia, saludándolos como á hombres los mas arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz sin embargo no fue dueño de si propio, y harto mostró la predilección que le merecia Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demas caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro jóven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos á abrazarle diciéndole el maestre:—¿Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba tambien y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivynó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le habia adornado con un apellido ilustre que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con mas honra. Sintió el nuevo caballero una emocion profunda, y sin embargo respondió al maestre y al marqués que habia querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabia como mostrarles su agradecimiento.—Escuchad, Salvador, le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no sé qué que habla en favor vuestro. Mucho me habiais de honrar si me recibieseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedirlo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdenaréis de vestir un día su santo hábito.—El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El Maestre me ha ganado por la mano, y harto mas ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero sin embargo debeis saber, añadió apretándole la mano, que D. Rodrigo Ponce de Leon os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiereis menester. Los demas caballeros hicieronle tambien por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con D. Rodrigo Tellez Giron, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que mas que otra cosa parecia fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabria las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo no era feliz: de continuo se le venian á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en una alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habian despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habian hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una mas larga para nuestro mancebo.

Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Ursula y María, pero que no por eso pensaba aliojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversion á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato de los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestro de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que al punto se agrupó en torno del caído maestro, y mantuvo solo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró D. Rodrigo Tellez Giron: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendándose muy encarecidamente á D. Gutierre de Padilla, claveró mayor de la orden.

Cuanto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay porque ponderarlo: baste decir que había mirado al maestro con un afecto extraño y misterioso, que venía á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó á hacerle los mas cordiales ofrecimientos; pero D. Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trageron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fé; y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevaría una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto había tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso mas que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, segun la postracion en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestro que como hermano le había mirado descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal, desaparecía en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detras de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hacia adelante; allí los combates y su estruendo: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitose en ellos con delirio.

Habiase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasion, que vino á dar en una especie de emboscada donde mas de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía vale-

rosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demas, los puso en desfavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándose á Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fé. Caminaban en silencio, y nuestro jóven maravillado examinaba con suma atencion y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era este alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubriale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo.—En verdad, señor caballero, que mereciais no ya un hábito el mas calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si quereis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.—«Mi reino no es de este mundo,» repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generacion muchos años, ellos no han conocido mis caminos.»—Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras biblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorremos mas haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante accion, no solo os descubriré mi rostro sino que tambien os diré mi nombre. Llámame *Cristoval Colon*.—Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no sé que de inspiracion, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiracion y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fé, y se separaron cortesmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristoval Colon, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reír el caballero, y le dijo:—Es el loco mas hidalgo y mas valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que revuelve en su imaginacion, que le han merendado el seso. Habiéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los mas le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por que tenia en mucho; amen de que se le hacia duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias á Colon por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubria, encaminóse á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una misera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monges de San Mauro, y por una intencion pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristoval: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razon le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entonces prohibió con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colon como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendi-

cion de Granada. Era cosa de ver la pompa y magestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecían querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes á sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde entre los diversos premios que se repartieron, puso D. Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y Doña Isabel le regaló una cadena de oro; lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido sin embargo su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colon sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia, le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano como había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador, pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba finalmente donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colon, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colon del puerto de Palos de Moguer el día 3 de agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fue un tegido de sublevaciones y de peligros, en que á no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entre tanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe encendiéronse por último en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podían impedirles que volbiesen las proas hacia España. Colon en semejante extremidad les prometió y juró de hacerlo así con tal que á los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzan-

do los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación: — ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedareis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío! — Salvador fuera de sí se volvía y revolvía á todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos. — Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa! Dios os las envía sin número cuando á Noé vino una sola. — Eran en efecto todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colon.

Aquella misma noche á cosa de las diez velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha que á lo lejos relumbraba. Subía el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colon exclamó con voz de trueno: — El Nuevo Mundo! El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas! Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas! — Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre exclamando también: — Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor que cabalgaba en el torbellino. — Avergonzóse Colon entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador: — Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él. — Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahani, á quien Colon puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida en medio de los isleños asombrados, y Colon plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años: era aquello la primera sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos exclamó: — María! María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. Ángel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María! — Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue á reunirse con sus compañeros y con

Cristoval Colon, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción despues, y se enojó por demas de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á este ni devolvió á Colon sus honores y prerogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo habia ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que habia soñado; se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazón al padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colon, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

ENRIQUE GIL.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS

DE D. RAMON CAMPOAMOR (1).



Escasas como son hoy las ocasiones de sincero encomio, que se le ofrecen al escritor imparcial y desapasionado, aprovechamos gustosos esta que se nos presenta de hacer justicia al talento de uno de los jóvenes mas aprovechados de nuestros dias, y de llamar la atencion del público, que asaz perezo y soñoliento, ha siempre menester del acicate de la critica para fijar su desdeñosa vista sobre el que descuella rico en obras y en porvenir, en ese tan difícil como anchuroso campo de la literatura.

Hay una circunstancia que de por sí abona las poesías del Sr. Campoamor; que una corporacion, un instituto artístico y literario las haya impreso de su cuenta, dando así principio á la positiva proteccion que ha de dispensar en adelante al saber y al genio, contribuyendo á la difusion de las obras que sean dignas de esta honra. Fáltanos ahora averiguar si la del joven poeta, objeto del presente artículo, es digna de la prelación que ha obtenido, y si el Liceo ha andado cuerdo en dar principio á su loable empresa, por el tomo que á la vista tenemos. Corolario indispensable ha de ser del favorable fallo que arriba emitimos, la aprobacion del pensamiento práctico de aquel instituto.

Abramos ahora el libro al acaso y leamos la página que se nos presente. Tiene por título la composicion en que hemos tropezado *La guirnalda*, y es un fantástico ensueño del poeta que cree ver á aquella suspendida de los aires, y aguardando á que la mano de una hermosa se la ciña blandamente á sus sienas. Gózase con infantil placer describiendo ora las oscilaciones de la florida cadena, ora pensauo quien será la fortunada vírgen que para si la logre:

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa
mintiendo el iris del Cielo.
Listadas de azul y guinda

sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tegieron
tan peregrina guirnalda.
Ved las áuras amorosas
¡como vagando la mecen!
ved ¡que conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Y cuan gallardas las flores
dán, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!
Si alguna entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.
Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el Cielo,
su inadvertencia de niña.

Y fresca y suave y pura
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejó esperando
la Reina de la hermosura.

Quien así sueña gratamente, quien tan bellos delirios alimenta, ese no debe haber perdido ninguna de las ilusiones de la infancia, nada de ese rico tesoro que un día y otro van mermando, hasta quedar como un triste recuerdo que martiriza al alma, porque manifiesta cuanto es amarga la realidad despues de las dulces fantasías que con nosotros crecieron en la cuna.

Nada hay de escepticismo en las frescas composiciones de Campoamor: su alma henchida de fe y de pureza, solo vé las rosas del mundo, porque aun no ha sentido sus espigas; mecido así por las halagüeñas esperanzas que engendra, canta el incierto vuelo de la mariposa, y el afán de la niña, que imagen del hombre corriendo en pos de la felicidad, se afana ganosa de coger el matizado insecto: aquí el poeta es filósofo, tal vez por instinto, y donde no vió mas que la vana porfía de una niña, halla el pensador un punto de graves y amargas meditaciones.

Y tiernas flores hollando,
y frescas áuras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Corona este pensamiento final el de toda la composicion, y termina dignamente aquella delicada alegoría, que presenta dos faces, no menos bella la una que la otra; la apariencia y el fondo, la idea y el desempeño; que igualmente honran al filósofo que al poeta. Créase este en sus delirios un mundo á la vez ideal y positivo, que tiene de lo primero la forma y de lo segundo la expresion; en cada flor, en cada arroyo, en cada onda levísima y transparente, halla mil gratas imágenes, que con sentido acento, con suave franqueza, describe ligera y minuciosamente. Nuevo rey de Arcadia, posee verjeles, y praderas y dilatados bosques: en ellos no moran ya las pastoras de otro tiempo: en ellos no suena ya la flauta amorosa de Fileno, ni la zampoña rústica de Batilo; si el teatro es el mismo, los actores han cambiado de traje y de nombre, que extraño anacronismo fuera pintarnos al blondo y amoroso pastor apacentando su rebaño, cuando otra tan diferente realidad tenemos. No; hoy el poeta no vé esas que podemos llamar visiones; hoy nos cuenta á nosotros, torpes y descreídos cortesanos, los placeres y la poesía de la naturaleza, que es de suyo sobrado magnífica para necesitar de actores humanos, y sonlo de ella los rios, las áuras, las flores, los insectos, las aves, las maravillas todas de la creacion. ¡Y como al escuchar todas esas belle-

(1) Un tomo en 8.º Véndese en la portería del Liceo.

zas que ignorábamos, ¡como resbala por nuestra mente un tardío pesar, un sentimiento vago de amargura, y tal vez una loca envidia, al ver á quien supo descubrir á nuestro lado un manantial de goces y de tranquilos deleites, que nosotros no habíamos adivinado!....

Y si se duda de esto que asentamos, ábrase el libro por dó quier, y por dó quier se hallará el testimonio de nuestras palabras; ni tampoco se crea que no es verdadera la poesía de Campoamor, ni que sea toda de ensueños y de fantasías; si en el alba y en el anochecer no vemos mas que el día que nace y el día que muere, culpa es nuestra que no contemplamos el espectáculo magnífico de la creación, que no vemos sus galas ni sus prodigios; que miramos al sol cuando nos alumbra, y que le olvidamos en cuanto se esconde. En las tres bellísimas silvas á la luz está descrito con admirable verdad el movimiento de la naturaleza en tres épocas distintas: el cuadro que presenta el poeta al despuntar la aurora, es grato, apacible y halagüeño.

Ya la luz matutina,
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.
En las auras pasando
sus levisimas huellas
lijera vá estampando,
las nubes matizando
éstas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores
partida en mil colores
las esmalta rosada,
bellas, si colorada,
pero si blanca, hermosa.
Y así pasando leve,
fugaz, de nube en nube,
pisando veleidosas,
con su fulgida huella,
esta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el oriente sube,
derramando lozana
con grata confusion jazmin y rosa.

.....
Las despedidas fuentes
su venida celebran,
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro
entre las guijas de ora
cuajando espumas, sus cristales quiebran.
El amoroso bando
de céfiros suaves
vá por el valle errando,
sin fin multiplicando
los dulces ecos de las dulces aves.
Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando;
aquellos las orillas
de perlas guarneciendo,
y estos al aire blando
plumas y sonos dando.

Descúbrese aquí el profundo estudio que el joven poeta ha hecho de los buenos modelos en este género, y bien á las claras se nota que ha sazonado su inspiración la suave musa de Rioja. Con pesar renunciamos á señalar otras bellezas de esta y de otras composiciones; que-

rémoslas también dejar vírgenes para que el lector mas goce hallándolas hermosas, sin que nadie sino su propia razón se lo haya dicho.

Pero, se nos opondrá por algunos, «semejante escuela, tan apacible estilo, no es el que corresponde á nuestra edad, no es el que reclama nuestro siglo, porque no está en armonía con sus pasiones violentas, ni con su espíritu fogoso y ardiente.»—Y que, ¿son menos bellas por eso las obras del Sr. Campoamor? ¿Ha de circunscribirse la poesía á las pasiones humanas, ha de ser siempre una epopeya, no ha de enseñar los goces apacibles de la vida, pues que la otra enseña sus borrascas y sus dolores?... Para algunos, hoy solo es posible la poesía, que sino creó, desenvolvió al menos Byron; para algunos, todo ha de ser en ella profundo y amargo; para algunos, con Argensola, Garcilaso y Góngora, pasó la edad y el gusto de sus obras. Errada como es, y perjudicial como nos parece esta opinión, creémosla con todo sobrado débil para que nos esforcemos en combatirla: fatales serían las consecuencias si se tratase de limitar el horizonte por donde puede revolar el genio; si se le marcara el espacio que hubiese de recorrer, y si se le pusiesen vallas y diques. Concedamos que hoy día el siglo de Napoleon ha variado nuestros gustos y nuestras creencias; no soñemos con las zagalas, ni con los pastores amorosos que tan bien retrataron nuestros grandes poetas; pero no prostituyamos los accesorios, los medios, los fines de sus obras con un loco espíritu de novación y de progreso.

El Sr. Campoamor ha tomado de los eminentes modelos de nuestra poesía, lo que puede sin riego adoptarse; á ello ha unido su imaginación creadora, su sutil ingenio, y se ha formado así un género que con razón puede llamar propio: en él hermana lo apacible con lo sublime; la verdad con la belleza; el sentimiento con la voluptuosidad. Rico en imágenes, exacto y claro en la locución, terso en el estilo, se ostenta siempre variado y ameno: recorre el lector su libro sin apercibirse de ello, y como la afanosa abeja que liba las flores mas frescas y galanas, así pasa aquel de una en otra composición, hasta que la última termina su grato éxtasis. ¿Y despues de esto se nos dirá por alguno que no responde este género á las exigencias de nuestro siglo, que es en él pálido y opaco, que Byron, Victor Hugo y Lamartine le han hecho imposible?... Nosotros mas eclécticos, mas tolerantes, aceptamos las obras y la escuela de esos tres poetas, porque en lo bueno no hay escuela, y la belleza las comprende á todas; pero para descansar de los dolores de la vida, para olvidar sus penas y sus angustias, haya un bálsamo que aplaque el ardor de la fiebre; haya una fresca gruta donde descansa la mente inquieta; haya en fin un florido pensil donde se aduerma el ánimo gratamente; siquiera al despertar parezca la realidad mas áspera y mas dura.

R. DE NAVARRETE.



ADVERTENCIA. Los señores suscritores á la segunda edición del Semanario, pueden desde hoy acudir á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo (1837), con lo cual queda completo dicho tomo y abierta la suscripción al tercero (1838) que está en prensa.

Ayuntamiento de Madrid

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.